

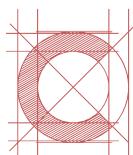
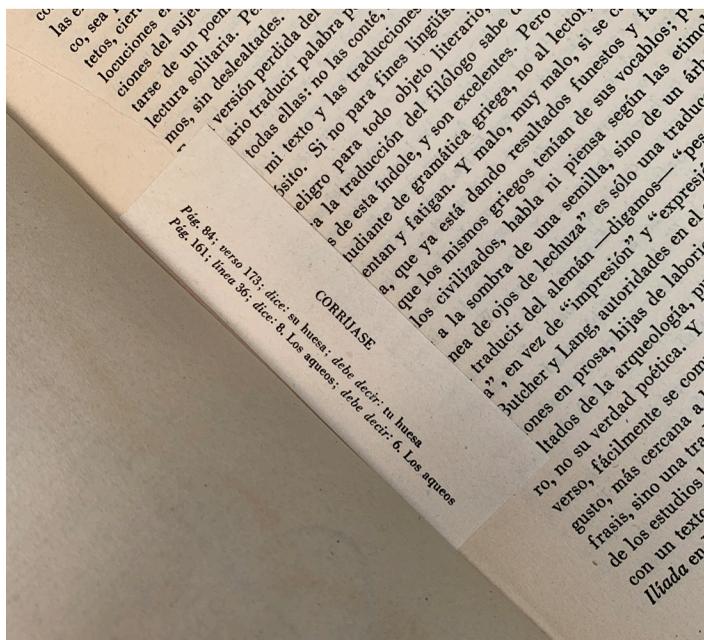
CUIDADO EDITORIAL: DE QUÉ Y CÓMO SE CUIDAN LOS LIBROS



Daniela Ivette Aguilar

EDITORA Y CORRECTORA

Estudió la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Maestría en Diseño y Producción Editorial en la Universidad Autónoma Metropolitana. Formó parte de la Comisión de Lexicografía de la Academia Mexicana de la Lengua de 2014 a 2018. Desde 2016 trabaja como editora en el Departamento de Publicaciones de El Colegio Nacional, institución mexicana dedicada a la difusión de la ciencia, el arte y las humanidades.



CUIDAR UN LIBRO NO es un asunto fácil. Demanda el dominio de competencias que pertenecen a diversas disciplinas: edición, corrección, diseño editorial, entre otras. Requiere cultivar un espíritu permanentemente curioso y dispuesto a indagar en todo tipo de materias y asuntos. Precisa de habilidades de planificación y gestión de procesos, así como de la capacidad de dar seguimiento y acompañar a todos los profesionales involucrados en cada una de las etapas de edición. En estas páginas veremos por qué es necesario cuidar los libros, de qué los cuidamos y quién está a cargo de semejante tarea.

DE QUÉ SE CUIDAN LOS LIBROS

Empecemos por lo más evidente: las erratas.¹ Dice un dicho que “no hay tianquis sin ratas ni libro sin erratas”. Alfonso Reyes afirmaba que eran el enemigo común de escritores y trabajadores de las artes gráficas. En un discurso dirigido a estos últimos, las compara con una plaga de otro tipo:

No permitáis que cunda entre nosotros esta especie de viciosa flora microbiana, siempre tan reacia a todos los tratamientos de la desinfección [...]. A la errata se la busca a la lupa, se la caza a punta de pluma, se la aísla y se la sitia con cordón



Figura 1:

La fe de erratas también podía encartarse en el libro después de haber sido impreso.

Ésta es de *La Ilíada* de Homero, trad. de Alfonso Reyes, publicado en 1951.

sanitario... y a última hora, entre las formas ya compuestas, cuando ruedan los cilindros sobre los moldes entintados, ¡hela que aparece, venida no se sabe de dónde, como si fuera una lepra conatural del plomo!”.²

Por supuesto, Reyes está hablando de otra época: una en la que los manuscritos se escribían a mano o con máquina de escribir y los libros se imprimían con tipos móviles o linotipos. La errata ha evolucionado a la par de las tecnologías de edición y composición. Si antes un trabajador de imprenta podía cambiar inadvertidamente *civismo* por *cinismo* al componer una frase, hoy autores, editores, correctores y diseñadores incurrimos omisiones al teclear, de modo que *público* termina en *publico*, *plubico* o *púbico* (un clásico sin duda). Además, hay que lidiar con el autocorrector de los procesadores de texto, que a veces no entiende de variedades del español, derivación de palabras, neologismos y otras minucias del lenguaje. En *vituperio* (y *algún elogio*) de la errata,³ José Esteban reúne un interesante catálogo de erratas,

¹ El *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, define *errata* como “equivocación tipográfica cometida en un escrito” (2.ª ed., Madrid, Aguilar, 2011, s. v. *errata*). El *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, va más allá y señala que se trata de una “equivocación *material* cometida en lo *impreso* o *manuscrito*” (23.ª ed., disponible en rae.es, s. v. *errata*, el énfasis es mío). El significado de la palabra ha cambiado a lo largo de los siglos. Viene del latín *errata*, que significa simplemente “cosas erradas o equivocadas”. En la actualidad podemos afirmar que las erratas son en particular los errores que cometemos involuntariamente al emplear cualquier tecnología de escritura, por lo tanto, son un tipo particular de equívocos en el mundo de los libros.

unas divertidas y otras trágicas, que muestran cómo nos han acompañado estas persistentes alimañas a lo largo de los siglos.

Al libro también hay que cuidarlo de otros tipos de errores. Estos son tan diversos como los libros: en una biografía se atribuye a un autor una frase que corresponde a otro; en un catálogo de arte se afirma que un mural está hecho al fresco cuando en realidad se hizo al encausto; la semblanza de un cronista menciona un premio que no existe (al menos no con ese nombre); en un libro de estadística la suma de los porcentajes de una tabla da 98 en lugar de 100; en una novela que sucede en un hospital se describe incorrectamente el diagnóstico de una enfermedad, en fin.

También hay equívocos en el uso del lenguaje. Hay palabras que se confunden con cierta frecuencia: *asequible* y *accesible*, *vasto* y *basto*, *libido* y *lívido*. En una ocasión, un crítico quizá aficionado a los cítricos se refirió a una obra realizada conjuntamente por dos artistas diciendo que se había hecho *al limón*, en lugar de *al alimón*. Las abreviaturas y locuciones latinas suelen costarnos trabajo: se pone *motu propio* en lugar de *motu proprio*, hace falta o sobra un punto en *et al.* (de *et alii*, “y otros”) o se escribe *status quo* (por influencia del inglés) en lugar de *statu quo*. Hablando de lenguas extranjeras, a veces se nos cuelan calcos de manera inadvertida: usamos *eventualmente* con el significado del inglés “en un momento posterior”, cuando

² Alfonso Reyes, “Escritores e impresores”, en *Obras completas*, México, FCE, 2016, t. XIII. [Edición electrónica].

³ José Esteban, *Vituperio (y algún elogio) de la errata*, 2.ª ed., Madrid, Renacimiento, 2003.

en español quiere decir “de manera incierta o casual”. Hay verbos de difícil conjugación: *nevar, verter, erguir...* En cuanto a la sintaxis, la falta de concordancia se lleva el premio, sobre todo si las oraciones son tan largas que al terminar de leerlas ya olvidamos cuál era el sujeto o si el adjetivo que queremos emplear modifica más de una palabra: *misión y visión empresariales* y no *visión y misión empresarial*.

Hermano del error es el descuido, que también se manifiesta de muchas maneras: en una antología de poesía le hace falta una estrofa a un poema; en un artículo académico se refiere una obra que no aparece en la bibliografía; en otro faltan datos en las obras citadas a pie de página; en un ensayo no se entiende una cita textual porque al transcribirla se intercambiaron dos términos; en una novela de misterio el nombre de un personaje secundario cambia sospechosamente a partir del tercer capítulo; en un libro de divulgación se traduce A. D. (*anno Domini*) por a. C. en lugar de d. C., que es lo que significa, de modo que un personaje se sitúa en las antípodas de la era cristiana.

Parientes del descuido son la inconsistencia y la arbitrariedad; ambas son resultado de la ausencia de criterios o la falta de adherencia a ellos. Así, un mismo nombre se puede escribir de tres maneras: *Antoine-Laurent de Lavoisier, Antoine Laurent de Lavoisier* y *Antoine Laurent Lavoisier*; el uso de las mayúsculas y minúsculas no es congruente: *Revolución Francesa*, pero *Revolución mexicana*; a veces se añaden las fechas de nacimiento y muerte de los personajes mencionados y a veces no: *Benito Juárez (1806-1872)*, pero *Porfirio Díaz*. Ha sucedido incluso que el título del libro es distinto en la portada y en los interiores.



Finalmente, no hay que olvidar que los libros deben cuidarse de la prisa y el cansancio, que a los profesionales del libro nos llevan a dejar de notar lo evidente e incluso a introducir errores e inconsistencias donde no los había.

CÓMO SE CUIDAN LOS LIBROS

El cuidado editorial puede parecer una tarea abrumadora: ¿quién es capaz de poner atención a tantos detalles? Aunque es fundamental que haya una persona, generalmente un editor, encargada de darle seguimiento a un libro de principio a fin manteniéndose en contacto directo con todos los participantes en cada etapa, *el cuidado editorial es una tarea colectiva*. Cada



Figura 2:
Representación de Titivillus, el demonio medieval que según la tradición inducía a los copistas a equivocarse y coleccionaba sus erratas. Rijksmuseum.

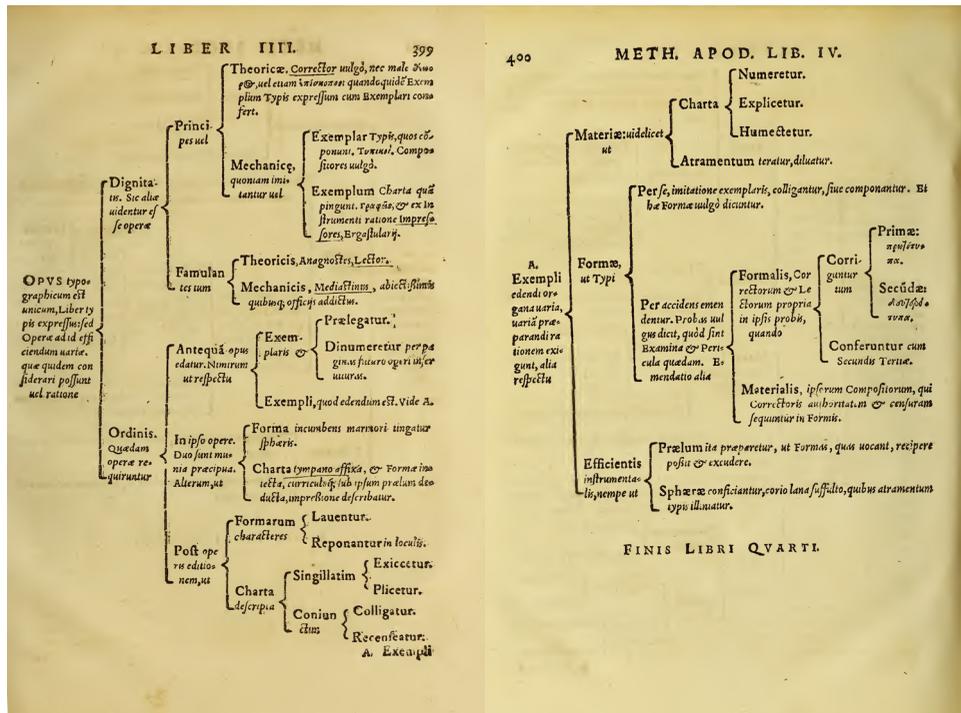


Figura 3A y 3B:

El trabajo editorial es colaborativo.

Éste es uno de los primeros esquemas conocidos al interior de una imprenta.

Lo publicó Theodor Zwinger, un erudito suizo, en *Methodus Apodemica* (1577).



profesional puede contribuir a reducir el margen de error del proceso de edición en la etapa de la correspondencia. A continuación daré algunos ejemplos.

Los libros se cuidan con un diagnóstico detallado. Una evaluación detenida del material que recibe la persona encargada de darle seguimiento a un libro facilitará una correcta planificación y evitará contratiempos durante el proceso de edición: ¿qué tipo de material se ha recibido: textos, fotografías, tablas, esquemas, etc.?; ¿cuál es el estado de ese material: qué problemas tiene el manuscrito, cuál es la calidad de las imágenes?; ¿qué profesionales deben contratarse para el proyecto: además de un editor, un corrector y un diseñador, hay que contactar a un ilustrador, un iconógrafo o un fotógrafo?

Los libros se cuidan con una buena planificación. “Hacemos libros, no milagros”, es un dicho famoso entre los editores, pero lo cierto es que con tal de llegar a la imprenta a veces los profesionales involucrados en la edición

no cuentan con tiempo suficiente para hacer las tareas que les corresponden, lo que implica sufrir largas jornadas o entregar un trabajo incompleto o deficiente. Idealmente, el editor responsable deberá armar un cronograma en el que se contemplen plazos razonables para cada tarea, de preferencia sin considerar trabajo durante los fines de semana o los días feriados. También se encargará de responder las consultas de los colaboradores en tiempo y forma, y se asegurará de que cada uno respete las fechas establecidas. Si eres un profesional autónomo, procura evaluar la dificultad de la tarea, el tiempo con el que cuentas y las tarifas que te ofrecen antes de aceptar un encargo. Si el tiempo es reducido y no es posible negociarlo, asegúrate de que la persona responsable del libro entienda las implicaciones de trabajar con esas condiciones.

Los libros se cuidan con criterios editoriales. En primer lugar, es importante tener un manual de estilo. No todas

las editoriales tienen uno propio, pero sí cuentan con un corpus de fuentes que consultan de manera habitual para tomar decisiones: por ejemplo, la *Ortografía de la lengua española*, de la Real Academia Española, el *Manual de diseño editorial*, de Jorge de Buen, *El libro y sus orillas*, de Roberto Zavala o el *Manual de estilo de la lengua española*, de José Martínez de Sousa, por mencionar algunos títulos ya clásicos en el gremio.

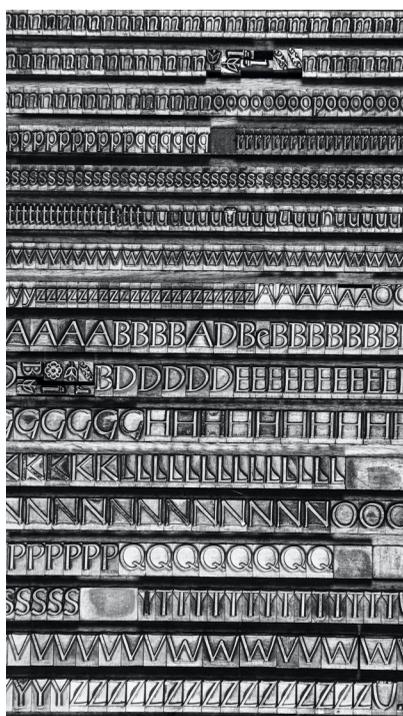
Hay que recordar que, cuando se trata de estilo, a veces el problema no es distinguir lo correcto de lo incorrecto, sino qué opción se prefiere entre varias posibles. Si algo no está contemplado en el manual de estilo, los profesionales involucrados deben tomar las decisiones pertinentes y comunicarlas con claridad a los demás. De lo contrario, podría suceder, por ejemplo, que el corrector de pruebas descarte los criterios que la correctora de estilo ya había establecido en la lectura previa, lo cual implicaría marcar cambios

adicionales, que el formador los incorpore y que luego se cotejen. En resumen, se multiplica el trabajo para todos, pero no solo eso: también la probabilidad de introducir errores en el proceso.

Además de los manuales de estilo, están los manuales de diseño que recogen los criterios de identidad gráfica de la editorial y de cada una de sus colecciones. Consultarlos evitará inconsistencias y arbitrariedades. Sería desastroso, por ejemplo, que en una colección el número desaparezca del lomo en el volumen tres, que cambie la posición del logo sin razón aparente en la cuarta o que no se respeten los colores de los forros.

Los libros se cuidan con una mirada atenta. Elaborar listas de verificación es muy útil para evitar que se cuele errores en los libros. Hace un tiempo, y después de algunos sinsabores, una querida colega diseñadora y yo hicimos equipo para crear una lista específicamente para la revisión de archivos de imprenta tomando en cuenta lo

Figura 4A, 4B y 4C:
Las tecnologías con las que editamos los libros han cambiado a lo largo del tiempo. Cada tecnología demanda distintas habilidades para el cuidado de los libros. Fotografías de Wilhelm Gunkel y Clay Banks. Unsplash.



FE DE ERRATAS.

PAGINAS.	LINEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
18	29	<i>de longitud,</i>	la longitud.
19	13	<i>prolongado,</i>	prolongada.
19	30	<i>concauidad,</i>	convexidad.
25	18	<i>sacro-iliacos,</i>	sacro-sciáticos.
27	6	<i>consideradas,</i>	considerados.
33	2	<i>comun,</i>	comunes.
37	Nota.	<i>schidtlein,</i>	schmidtlein.
40	17	<i>adoptar,</i>	adaptar.

Figura 5: La fe de erratas es una lista de las erratas detectadas en un libro junto con sus respectivas enmiendas. Antes era usual incluirla al inicio o al final de una obra. Ésta aparece en *Ligeros apuntes de pelvimetría comparada*, de Florencio Flores, publicado en 1881.

que nos parecía indispensable revisar en ese momento del proceso: página legal, colofón, foliación, cornisas, índice, etc. Esta lista nos sirvió para evitar los errores más elementales en las obras que trabajamos en conjunto.

Aunque este recurso es utilísimo, no hay lista que valga para todos los casos. Mi fórmula es simple: lo que esté en la página (o en los forros) se cuida. No hay dos libros iguales, así que hay que verificar que lo que sea que aparezca en la pantalla o en el papel aparezca donde y como tiene que hacerlo. Si el color de los folios cambia en cada capítulo, eso se cuida; si los títulos se componen con una fuente y el cuerpo de texto con otra, eso se cuida; si las fotografías van en blanco y negro, eso se cuida. *Todo* se cuida y hacerlo requiere una mirada atenta.

Los libros se cuidan con conocimiento. Cuidar un libro demanda saberes de disciplinas muy diversas. Cada profesional que participa en el proceso de

edición debe dominar un conjunto de competencias específicas para realizar su trabajo con suficiencia y experticia. No se puede cuidar lo que no se conoce; sin embargo, hay quienes se atreven a intervenir los libros armados sobre todo con la intuición, aderezada con su gusto personal. Ana María Zorrilla dice sobre la *corrección intuitiva*:

Es hija del ‘me suena mejor’; ‘me parece que es así’; ‘está bien así’; ‘si me parece que está mal, corrijo; de lo contrario, lo dejo’; a veces, ‘es una corazonada, y añade: Al presunto corrector no lo mortifican las dudas, no le duelen; crea seudonormas y, sobre la base de estas, pergeña su trabajo. [...] En esta clase de corrección, no cabe ni el conocimiento, ni el esfuerzo, ni la responsabilidad, ni el altruismo; no procura el enriquecimiento lingüístico de nadie. ⁴

En una ocasión, me enteré del caso de un corrector que se puso a “enmendar” todos los “errores” de los ejemplos en español antiguo que usaba un autor en un trabajo de lingüística (!). Claramente esta persona no tenía nociones mínimas de la historia de la lengua y no era la indicada para trabajar con ese texto.

Las observaciones de Zorrilla sobre la corrección de textos valen también para el diseño editorial. Los libros no se diseñan en el vacío. Para hacer una propuesta de diseño de un libro de texto de primaria hay que saber cómo son los libros de texto de

⁴ Ana María Zorrilla, “La corrección intuitiva: ¿otro ejemplo de posverdad?”, en Andrea Estrada y Myriam Zawoznik (eds.), *El corrector, entre el texto y el lector. Actas del 5.º Congreso Internacional de Correctores de Textos en Español*, Buenos Aires-Montevideo, PLECA-AUCE, 2019, pp. 79-80.



primaria, cómo se organizan, qué recursos emplean, qué fuentes son las más adecuadas, etcétera.

Los libros se cuidan con la duda y la curiosidad. Una vez escuché decir a un colega corrector: “No se puede saber todo”. Tiene razón: no hay forma de saber *todo lo que hay que saber* para enfrentarnos a los proyectos en los que trabajamos, por eso la curiosidad es indispensable. Si al leer una palabra nos causa extrañeza o vacilación su ortografía, más vale consultarla en el diccionario que pasarla de largo. Si notamos que es posible que un dato esté equivocado, más vale verificar. Hay mucha información que podemos corroborar fácilmente con una búsqueda en internet, como el título de una obra o el símbolo de un elemento químico. Si consideramos que vale la pena hacerle consultas puntuales al autor o la autora sobre la información que incluye en su texto o la forma en que la presenta, hay que hacerlo. Es posible que todos aprendamos algo nuevo y el libro se beneficie.

En una ocasión, trabajé con un libro sobre el descubrimiento y la restauración de una escultura mexicana. En algún punto, se mencionaba que al encontrarla estaba cubierta con una capa de entre dos y tres *centímetros* de espesor formada por restos sanguíneos parcialmente mezclados con arcilla. “Deben ser *milímetros* —pensé en mi ingenuidad— porque de lo contrario ¿cuánta sangre se habría requerido?”. Lo consulté con el autor, quien agradeció la lectura atenta y entendió perfectamente mi sorpresa, pero procedió a confirmar que, en efecto, se trataba de centímetros. En muchas otras ocasiones, sin embargo, las dudas han servido para que los autores enmienden los textos o que clarifiquen o añadan la información pertinente. Las orcas no son ballenas y los pandas no son osos, pero eso uno lo aprende, no lo intuye.

Los libros se cuidan con la experiencia. Las competencias que necesitamos para cuidar un libro se desarrollan con la práctica. Nos vamos a equivocar: es



Figura 6: También los soportes del libro han cambiado con el paso del tiempo. Cada soporte requiere nuevos aprendizajes y estrategias de cuidado editorial.

Fotografía: Clayton Robbins. *Unsplash*.

un hecho, pero la idea es que cada vez suceda menos. Con el tiempo se aguza nuestro ojo editorial, es decir, nuestra capacidad para percibir o detectar las deficiencias y los errores en un manuscrito o en las pruebas de imprenta, pero también para tomar las decisiones más adecuadas para cada libro. Durante un congreso de edición, escuché a una editora señalar que le importaba mucho cuidar la publicación de sus libros porque podían permanecer vivos por varios siglos en los estantes de

una biblioteca. La sola idea basta para infundirnos lo mismo entusiasmo que vértigo: las erratas que no cacemos nos sobrevivirán. No obstante, aunque nos preocupe la posteridad, nos debe mover sobre todo el presente. El cuidado editorial importa porque queremos poner en las manos de los lectores libros que deleiten sus sentidos y su pensamiento, que estimulen su imaginación o les ayuden a resolver un problema, libros que cumplan su cometido con dignidad, libros que valga la pena leer. 📖

REFERENCIAS

- Anderson, Laura, *McGraw-Hill's Proofreading Handbook*, 2ª ed., Nueva York, McGraw-Hill, 2006.
- Beltrán, Jorge Enrique, *Manual de edición académica*, Bogotá, Uniandes-UNC, 2017.
- Bezós López, Javier, *Tipografía y notaciones científicas*, Gijón, Trea, 2008.
- Bringhurst, Robert, *Los elementos del estilo tipográfico*, 4ª ed., México, FCE, 2014, col. Libros sobre Libros.
- Buen Unna, Jorge de, *Manual de diseño editorial*, 4ª ed., corregida y aumentada, Gijón, Trea, 2014.
- Diccionario de caracteres tipográficos*, Gijón, Trea, 2017.
- Eguaras, Mariana, *Publicar con calidad editorial*, Malaquita Ediciones, 2017.
- Einsohn, Amy, *The Copyeditor's Handbook: A Guide for Book Publishing and Corporate Communications*, 3.ª ed., Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 2011.
- Esteves, Fernando, y Patricia Piccolini, *La edición de libros en tiempos de cambio*, México, Paidós, 2017.
- Fisher Saller, Carol, *The Subversive Copy Editor: Advice from Chicago*, 2.ª ed., Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2016.
- Gil, Manuel, y Martín Gómez, *Manual de edición. Guía para estos tiempos revueltos*, Bogotá, Cerlalc, 2016.
- Manual de estilo Chicago-Deusto*, adaptación y edición de Javier Torres Ripa, Bilbao, Universidad de Deusto, 2013.
- Marín Álvarez, Raquel, *Ortotipografía para diseñadores*, Barcelona, Gustavo Gili, 2013.
- Martínez de Sousa, José, *Manual de edición y autoedición*, 2ª ed., Madrid, Ediciones Pirámide, 2005.
- Manual de estilo de la lengua española*, 5ª ed., revisada, Gijón, Trea, 2015.
- Piccolini, Patricia, *De la idea al libro. Un manual para la gestión de proyectos editoriales*, México, FCE, 2019, (col. Libros sobre Libros).
- Rodríguez, Sofía, *Manual de corrección de textos. Técnicas, consejos y apuntes de clases*, pról. de Alberto Gómez Font, Lima, Escuela de Edición de Lima, 2017.
- Sharpe, Leslie T., e Irene Gunther, *Editing Fact and Fiction*, Cambridge University Press, 1994.
- Valle, Pablo, *Cómo corregir sin ofender. Manual teórico-práctico de corrección de estilo*, Buenos Aires, Lumen, 2001 [1998].
- Zavala Ruiz, Roberto, *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*, pról. de Blanca Pulido, México, FCE, 2012, (col. Libros sobre Libros).